

190. Un corazón grande...

Hoy he amanecido tatarando, y no sé por qué, esa canción que muchas veces alegra nuestras celebraciones: *“Danos un corazón grande para amar”*... Y me he dicho: ¿Y por qué no puede ser éste el tema que hoy ocupe nuestra atención? Y así, vamos a hablar de esto, de la *magnanimidad*, que quiere decir: el alma grande, el alma que vuela por los cielos espaciosos, el alma generosa, el alma espléndida, el alma que da y se da.

Es curioso lo ocurrido al rey Felipe II, aquel monarca en cuyos dominios no se ponía el sol. Hombre muy serio y severo, con muy poco sentido del humor, tenía sin embargo un gran corazón, y lo demostró bien un día. Pasa por la ciudad donde vivía el célebre pintor Luis Morales, que vivía en la miseria. El rey va a visitarlo, y le lleva personalmente dinero con que vivir, mucha cantidad, como de gran rey:

- *Toma, Morales, estos cien ducados de oro, y así tendrás en adelante para comer.*

Los recibe Morales emocionado, a la vez que le contesta:

- *Gracias, Majestad. Estos ducados para comer. ¿Y para cenar?...*

Pide Felipe a su administrador todo lo que queda, y alarga otra vez la mano:

- *Toma estos otros cincuenta para que puedas cenar también.*

Cuando hablamos de la magnanimidad, siempre lo solemos atribuir al hecho de dar mucho, porque se tiene mucho. Y se acude, como en este caso, a reyes o grandes personajes, que dan porque lo pueden hacer. ¿Y los pobres? ¿Los que tenemos que contar los centavos?... El pobre puede ser tan magnánimo como el rico, porque ser magnánimo no consiste en dar, sino en darse. El alma grande la puede tener y la tiene la persona más pobre, que manifiesta lo que es compartiendo todas sus cosas.

El Evangelio (Marcos 12,41-44) nos trae el ejemplo más luminoso y que conmovió al mismo Jesús:

- *¿Veis a esa pobrecita? Con sus dos monedillas ha echado más que nadie en el tesoro del Templo, porque todos depositan algo de lo que tienen, y ésta mujercita ha dado todo lo que guardaba para vivir.*

La magnanimidad la posee el pequeño como el grande, el pobre como el rico. Y se manifiesta no dando, sino dándose. Dando el alma, dando el corazón. Dándolo todo, porque se pone la felicidad no en dar, sino en darse. Y quien se da a sí mismo, no tiene inconveniente en dar lo demás, porque todo ese “lo demás”—lo mismo el tiempo que el dinero, el trabajo profesional o un rato de compañía—, no significa nada en comparación de la propia persona.

El alma grande es lo más opuesto al alma egoísta.

El egoísta lo centra todo en su propia persona, en su propio yo; todo es suyo, todo lo quiere para sí, y es incapaz de abrirse al bien de los demás. Cuanto más tiene, más quiere, más guarda, menos da, menos comparte. Su corazón es un arca cerrada, que no guarda tesoros precisamente, sino miseria moral.

El alma grande o magnánima es todo lo contrario. Cuanto más tiene, a menos se apega, menos guarda, da mucho más, lo comparte todo. El arca de su corazón atesora a puñados riquezas espirituales.

El modelo máximo e insuperable lo tenemos, como un podía ser menos, en Jesucristo, el cual no puso medida alguna a su entrega. ¿Quién le buscó en los días de su predicación, y quedó sin la atención debida? ¿Quién ha sido capaz de entregarse a una

pasión y una muerte como la suya por salvar a los propios enemigos? ¿Y quién ha sido capaz de idear una entrega como la suya en la Eucaristía: *tomad, comedme?*...

Tener un alma grande y un corazón generoso es la mayor gloria de que se han ufano hombres que no eran precisamente cristianos. Por ejemplo, un Julio César, pagano, de quien nos dice su historiador romano (Suetonio): *Siempre que hubo trigo en los almacenes del Imperio, lo distribuyó sin medida. Ciudadano que venía a él, invitado o llamado, se iba con las manos llenas de regalos. Los mismos acusados, los adeudados y los jóvenes arruinados hallaban en él inmediato socorro.*

Vemos hasta dónde llegaba su generosidad cuando, al quedar vencedor y dueño de Roma, un su enemigo se suicida temiendo lo peor. Y el magnífico Julio César, al saberlo, se lamenta profundamente: *-¡Ahora sí que me ha dado el gran disgusto! Me robado la alegría de otorgarle mi perdón.*

Otro emperador romano, Tito, el conquistador de Jerusalén, se hizo célebre por su generosidad, tanto que el día en que no había hecho algún favor especial, se lamentaba como en un examen de conciencia: *-¡Hoy he perdido el día!...*

Pero esos ejemplos de paganos palidecen ante la lista inmensa e interminable que podemos presentar en la Iglesia. La Historia de la Iglesia está llena de hechos que parecen arrancados de una epopeya, porque todos parten de esa epopeya inaudita, divina, como es el Evangelio de Jesús.

Las vidas de los Santos son el testimonio más deslumbrante de la generosidad sin medida, hechos todos nacidos de corazones inmensos, copias exactas del Corazón de Jesucristo.

Generosos con Dios, al que no se le niega nada y se le da todo. Generosos con los demás, de los que nadie se deja vencer a tener un alma grande...

Cuando nosotros damos, perdonamos, ayudamos..., y lo hacemos con un gran caudal de amor por aliviar penas, por hacer felices a los demás, hacemos gala de magnanimidad, de tener un corazón grande. ¿Y la recompensa? No hay que esperar al Cielo para disfrutarla. La paga de la magnanimidad es una alegría que no la conoce más que el generoso, cifrada en la experiencia profundamente psicológica de lo que dijo el mismo Jesús: *“Hay más felicidad en dar que en recibir”* (Hechos 20,35)
Es fácil hacer la prueba: la persona más feliz, la de corazón más grande. Empecemos...